



Los comienzos
Juegos de la eternidad, I



ANTONIO MORESCO

Traducción del italiano a cargo de
Miguel Ros González



IMPEDIMENTA



JUEGOS DE LA ETERNIDAD

Esta obra, pensada y escrita a lo largo de treinta y cinco años, está formada por tres extensos volúmenes (*Los comienzos*, *Cantos del caos* y *Los increados*), divididos a su vez en tres partes.

En la primera parte del primer volumen (*Los comienzos*), el protagonista y voz narradora es un seminarista silencioso; en la segunda, un agitador revolucionario; en la tercera, un escritor subterráneo. La primera parte está inmersa en la dimensión religiosa; la segunda, en la histórica; la tercera, en la artística: sacerdote, soldado, artista.

Desde el principio de este primer volumen encontramos a las dos figuras que, con su pugna y su abrazo, atravesarán las tres partes de toda la obra (el Gato y el Loco); empiezan a desplazarse las fronteras y los límites de la percepción, se despliegan y se abren el tiempo y la luz, mientras que el mundo visible queda inmovilizado. Porque hay que inmovilizar el mundo para poder abrirlo de par en par y atravesarlo.

En el segundo volumen (*Cantos del caos*), explosivo y extremo, vientre lírico de toda la obra, la burbuja de la inmovilidad y del silencio estalla, e irrumpen así todos los materiales incandescentes de esta época, que se aborda y se canta a través de algunas de sus dimensiones

dominantes: economía, pornografía, publicidad, moda y reproducción técnica de la vida biológica y de nuestro imaginario mítico y religioso como especie.

En el tercer volumen (*Los increados*) tiene lugar la vertiginosa anagnórisis de la naturaleza íntima y secreta de toda la obra, revelada paulatinamente al lector —y al propio autor—, que me cuidaré mucho de adelantar aquí, en pocas y superficiales palabras. Así, quien la lea podrá realizar por su cuenta y de manera activa todo el viaje, seguir su recorrido poético y cognoscitivo, y lo que anida desde las primeras páginas del primer volumen llegará directamente al lector con las palabras con las que ha conseguido configurarse y verbalizarse a través del lenguaje.

Para acompañar y despedir esta edición, en la que por fin se publica la obra en su integridad —y, en concreto, para presentar el volumen con el que comienza—, añadido a esta breve reseña varias páginas que escribí después de que se publicara por primera vez, hace veinte años, donde explico cómo nació y en qué condiciones vio la luz la novela.

Solo queda añadir que en dichas páginas incluyo también varios dibujos con los que intenté dilucidar y tomar conciencia del viaje que estaba a punto de emprender, mientras me imaginaba e inventaba sus estructuras narrativas y sus proyecciones mentales.

Entonces no podía saberlo, pero ahora, una vez completado el trabajo, me doy cuenta de que no se referían únicamente a las tres partes del primer volumen, sino que reflejaban desde el principio las tres partes de la obra completa e indivisible.

A. M.

CÓMO NACIERON *LOS COMIENZOS*

Empecé a escribir *Los comienzos* en enero de 1984 y seguí trabajando en el libro hasta poco antes de su publicación, en la primavera de 1998. Quince años: cuatro de escritura y once para revisarlo y mecanografiarlo, porque por aquel entonces aún no tenía ordenador y me tocaba pasarlo todo a máquina una y otra vez.

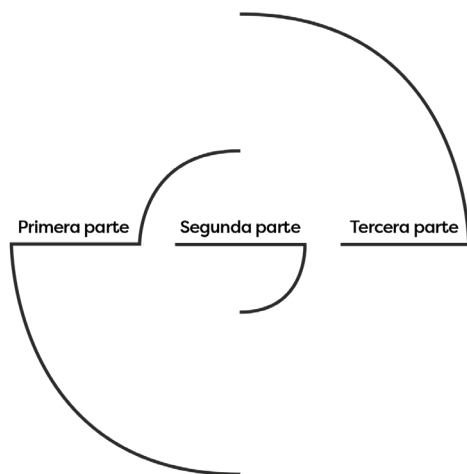
Empecé a presentar el libro a los editores en 1990, a partir de la primera versión que me pareció buena, de ochocientos treinta folios, en la que luego seguí trabajando para proponer el libro después de cada nueva revisión.

Lo escribí día tras día, a mano, en grandes hojas cuadriculadas, en la mesa de la cocina, cuando me quedaba solo en casa. Pero antes de empezarlo me pasé años imaginándolo, soñándolo, e iba con los bolsillos llenos de hojitas, de billetes usados y de pequeñas agendas en las que garabateaba imágenes y apuntes mientras deambulaba por las calles, de día y de noche, mientras iba en metro o estaba en el supermercado, o cuando me despertaba bruscamente del duermevela. Un sinfín de apuntes que luego copiaba otra vez en cuadernos. Los apilaba, volvía a cogerlos, los releía. Dejaba que se formasen movimientos

internos, torbellinos y estructuras de manera intrínseca, vertical, en lugar de forzarlos según las convenciones narrativas, con acumulaciones horizontales, combinatorias y automáticas. Solo en ocasiones hacía alguna pequeña excepción, cuando un pasaje imantado atraía unos espacios narrativos que antes no estaban.

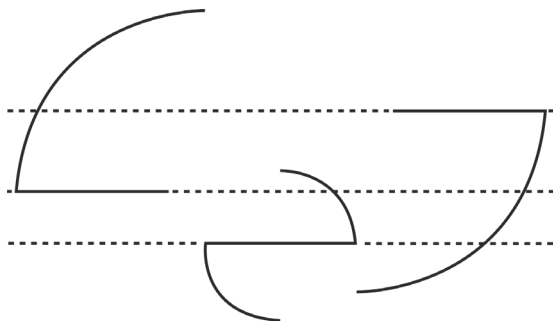
Relería los apuntes, los reescribía en otros cuadernos y, cuando la fisonomía del libro empezó a aparecer, anotaba a su lado números y siglas. Seguí haciéndolo después de empezar a escribir. Los borraba a medida que iba avanzando, para no tener que releerlo todo una y otra vez.

Imaginaba sus movimientos internos y sus tensiones, ayudándome de los dibujos que hacía aquí y allá. No sé por qué abordé así este libro, habida cuenta de que no soy propenso a la geometrización: no tengo una visión geométrica ni de la literatura ni de la vida. Hay tres segmentos de rectas interrumpidos, uno para cada parte del libro, y otros segmentos de curvas, también interrumpidas, que nacen de algunos de los extremos de las rectas. En uno de estos dibujos también aparece el punto de fuga del infinito.



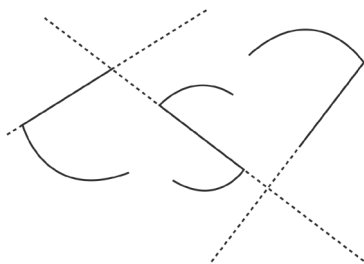
«Entiendo lo que representan las rectas —me dijo una vez un amigo—, pero ¿qué son las curvas?»

Me cuesta responder. Probablemente, era incapaz de concebir este libro como una mera concatenación de convenciones narrativas: necesitaba abordarlo también a través de la fuerza de atracción de sus curvaturas internas, que no son conexiones, sino tensiones cóncavas entre partes separadas e inconciliables. Soñaba con algo que no fuera solo una recta o solo una curva, solo tiempo o solo espacio, solo narración o solo contemplación, sino que fuese a la vez una recta y una curva, que albergase en su interior la recta y la curva. No solo el movimiento o la inmovilidad, sino la inmovilidad dentro del movimiento y el movimiento dentro de la inmovilidad.

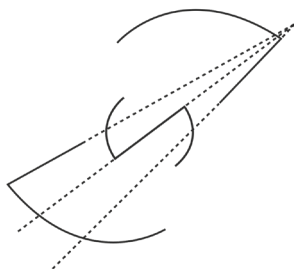


Cuando empecé a escribirlo tuve claro, desde las primeras líneas, que no sería como los otros libros que había escrito; que estaba empezando a romperme, porque me enfrentaba a una ola más lenta, más arrolladora, más amplia, y que sería algo mucho más arriesgado y más largo. Me llevé las manos a la cabeza: ningún editor había aceptado aún ninguno de mis textos, ni siquiera el más corto, por lo que proponer una novela extensa se antojaba todavía más absurdo. No tenía lógica, era un sinsentido. «¿Cuántos años me llevará?», me preguntaba. «¿Podré acabarlo alguna vez, dadas mis circunstancias? ¿Podré mantener abierta esta puerta tantísimos años? ¿Por qué me habré metido en algo así?»

Sin imaginarme que este libro, que empecé con treinta y seis años, no se publicaría hasta mis cincuenta y uno.



No quiero hablar aquí de lo que ocurría mientras tanto en mi interior, porque no creo que el dolor personal sea un valor añadido que contribuya a determinar la fuerza de una obra, aunque a veces no pueda desvincularse de ella y de la lucha por terminarla, como si formase parte de ella. Incluso en esta época en que los libros, ya se sabe, se hacen «solos», como nos han explicado de una vez por todas los nuevos escritores de literatura idílica y tecnológica: libros sin abstracción, sin drama, sin precio, transgénicos; libros sin ese molesto diafragma de la subjetividad, que impide domarlos por completo; libros normalizados, horizontalizados. Es evidente que yo no disfruto de esa perfecta salud de los muertos, o de los que parecen vivos.

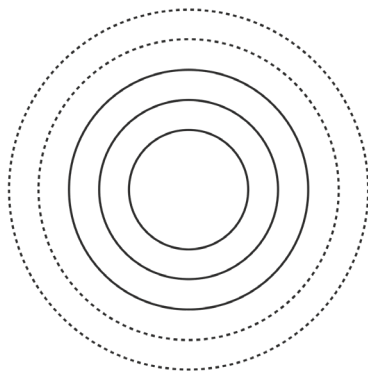


Seguía trabajando a mano, con una letra cada vez más pequeña e ilegible por la tensión con que escribía. Tendría que haber mecanografiado día a día lo que iba garabateando, como me había propuesto, cuando aún estaba fresco en mi memoria y podía descifrarlo mejor. Sin embargo, seguía escribiendo sin pasar a limpio, a costa de perder muchas cosas. Porque sentía la necesidad de sumergirme y hurgar a fondo en ese territorio, de no saber qué estaba haciendo, de perderme, de

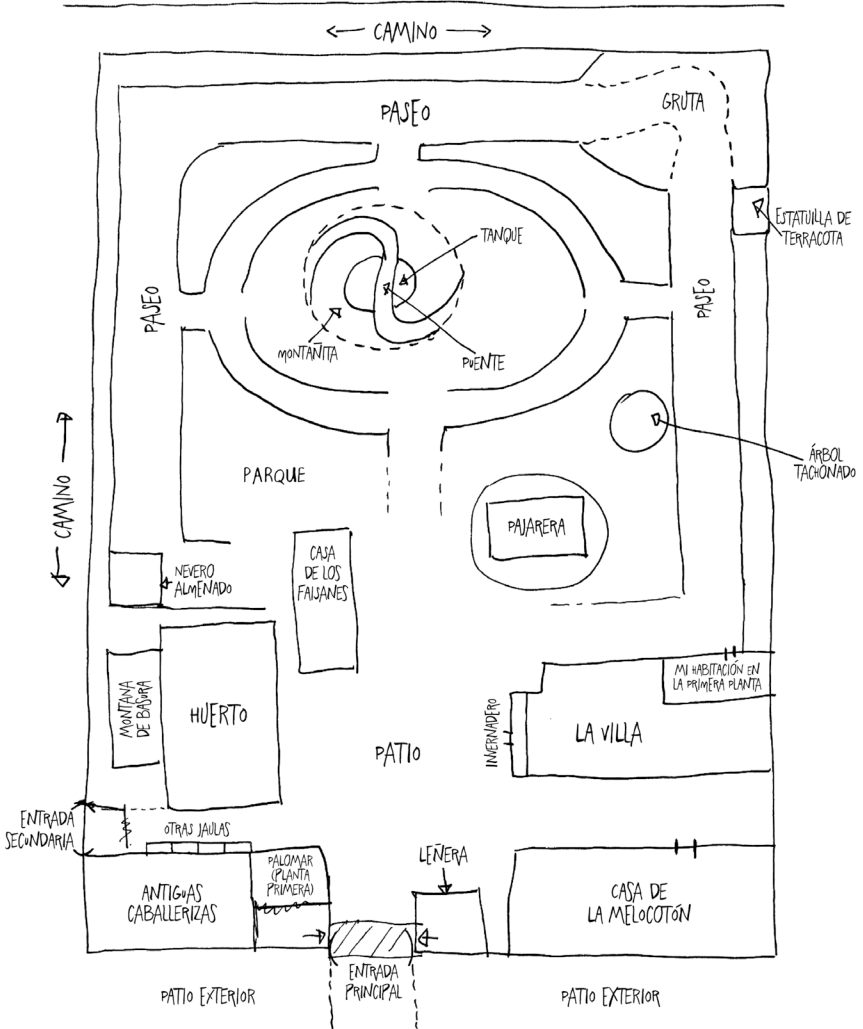
conquistar una desmesura tan constante que acabara creando su propia regla, de seguir avanzando hasta no reconocer ya las calles por las que transitaba, sin brújulas ni mapas; de olvidar de dónde había salido, adónde me dirigía.

Luego llegó la larga tarea de descifrar, de escribir a máquina enormes pilas de folios. La compra de una fotocopidora vieja y barata de segunda mano para copiar las sucesivas versiones que enviaba a los editores. Las releía, corrigiendo a mano en papel; las volvía a mecanografiar y a fotocopiar, las releía otra vez. Y los años pasaban. Había días buenos y días malos. Dormirse, despertarse. Mi rostro iba cambiando en el espejo; el pelo y la barba encanecían. Seguía deambulando, pasándolo mal, fantaseando.

Trabajé hasta la extenuación en este libro y en cada una de sus frases: recortes, cambios, páginas torturadas y luego descartadas, renglones cada vez más microscópicos, superpuestos. Había cicatrices por doquier, flechas, capítulos cuyo título florecía de repente, grandes bloques de texto que se eliminaban o se compenetraban. Los bolígrafos se gastaban sin cesar, se quedaban por decenas en el camino, exhaustos. Y, sin embargo, nunca reescribí desde cero ningún párrafo. En ese sentido, existe una sola versión. Otros escritores, incluso entre los más grandes, reescriben y reescribieron desde el principio muchas veces. Yo sigo creyendo, como cuando era niño y no tenía ni idea de estas cosas, que la forma inicial y urgente que adopta una obra posee una fuerza viva e intangible que soy incapaz de considerar arbitraria e intercambiable.



CASAMATAS



Plano de la villa y del parque de Ducale
dibujado por el autor para la edición alemana de *Los comienzos*.

Los comienzos



Primera parte

ESCENA DEL SILENCIO

I

DEL SUEÑO AL SILENCIO, DEL SILENCIO AL SUEÑO

En cambio, yo estaba cómodo en aquel silencio. Nos despertaba antes del amanecer una oración que flotaba en los dormitorios aún oscuros, y muchos se quedaban con los ojos muy abiertos y la cabeza un poco levantada de la almohada, en ese ligero mareo que se produce al pasar de golpe del sueño al silencio. Volvía a cerrar los ojos un instante, como si quisiera dar marcha atrás y pasar del silencio al sueño, antes de abrirlos otra vez en el dormitorio aún aturdido. Alguien había empezado a ponerse los pantalones debajo de las mantas, moviendo brazos y piernas como un molino, sin hacer ruido, arqueando con esfuerzo la espalda hasta formar un puente con la columna vertebral.

Yo también me vestía debajo de las mantas, sin prisa; sacaba los pies de la cama, me ponía los calcetines, abría el cajón de la mesilla de chapa y, después de destapar la lata de betún, mojaba la punta del cepillo, metía una mano en el zapato y empezaba a untar la crema. Alargaba la operación infinitamente para captar el instante en que el betún se extendía hasta desaparecer, perdía consistencia y solo quedaba una luz reluciente, desprovista de cuerpo y color.

Me entretenía con este y otros juegos de la eternidad.

Luego me dirigía con la toalla al hombro a la enorme sala de los lavabos, alargados como abrevaderos. Era tan temprano que, al otro lado de los ventanales sin marco de esa ala del edificio, recién construida, el cielo seguía completamente oscuro. A poca distancia veía a un seminarista sordomudo; me resultaba imposible apartar la mirada de la extraña costra gelatinosa y transparente que coronaba su cabeza, y que el peine mojado atravesaba sin destrozar: la veía abrirse con suavidad para cerrarse al punto, intacta; y en la hora de recreo, cuando nos echábamos carreras, se apoderaba de ella un ligero temblor. Yo volvía bruscamente la cabeza para observarla cuando pasaba corriendo por su lado, intentando distinguir qué se escondía debajo de la transparencia absoluta de aquellas líneas.

Volvía al dormitorio, hacía la cama, remetiéndome bien las mantas, y colgaba la toalla en la cabecera de aluminio. Luego me ponía el alzacuellos de celuloide en la camisa sin cuello, procurando que me quedara un poco holgado por delante, para que no me cortase la nuez al tragar. Acto seguido metía la cabeza y los brazos en la sotana, que había dejado con varios botones desabrochados. Terminaba de abrocharla, un botón tras otro, hasta llegar a los zapatos relucientes.

Para bajar a la iglesia teníamos que ir pegados a la pared de las escaleras, porque en su esqueleto de cemento aún no habían colocado las losas de mármol de los peldaños, y tampoco había barandilla. Entrábamos en silencio en la iglesia, una sala grande y sencilla con dos filas de reclinatorios y un pequeño bastidor colocado detrás del altar que, como en un teatro, habilitaba una zona que hacía las veces de sacristía. Mientras los demás ocupaban su lugar en los reclinatorios, yo entraba con la cabeza gacha en la sacristía, donde el padre prior llevaba un rato esperándome para que lo vistiese.

Me enfundaba la sobrepelliz y empezaba a vestir al sacerdote, que ya se había puesto el amito y rezaba en silencio, moviendo los labios. Le ataba el cíngulo y el manípulo, procurando no apretarlos demasiado ni dejarlos demasiado flojos, para que no se soltaran y acabasen en el suelo durante las primeras oraciones a los pies del altar. El padre prior besaba todos y cada uno de los ornamentos justo antes de que yo se los

colocara, moviéndome a su alrededor con la mirada gacha. Se recolocaba los dos extremos de la estola debajo del cíngulo, comprobaba la solidez de los nudos que mis dedos habían atado en su cuerpo. La casulla ya estaba abierta y desplegada sobre un mueble bajo. El padre prior aceleraba imperceptiblemente su oración musitada mientras introducía en ella la cabeza. Salíamos del pequeño bastidor, que daba una curva junto a los peldaños del altar. Muchos ojos nos seguían con la mirada atenta desde sus reclinatorios. Unos segundos después, lo único que veían de mí, a los pies del altar, eran mi cogote afeitado y mis orejas, muy despegadas de la cabeza, como las de una cría de animal.

Yo, por mi parte, observaba la cabeza del padre prior, colocado a su espalda. Parecía cortada en dos por culpa de un viejo accidente que hundió una de las dos mitades en vertical, y reconstruida con negligencia. Era tan distinta según se mirase desde la derecha o la izquierda que yo hasta tenía un apodo para cada una de las dos cabezas que parecían conformarla: a una la llamaba «paleolítica» y a la otra «sincopada».

Me levantaba e iba por el misal, situado en uno de los extremos del altar, junto a la cabeza paleolítica: bajaba los peldaños, me arrodillaba antes de volver a subirlos y nunca dejaba de sorprenderme un poco encontrar, al cabo de unos segundos, una cabeza completamente distinta en el otro extremo del altar.

Luego, en absoluto silencio, se producía la transustanciación. La enorme hostia recién partida acababa en la boca del padre prior, abierta en una mueca antinatural para obviar la asimetría de sus partes. Yo lo seguía, patena en mano, mientras los presentes se iban levantando para formar una fila, con la boca muy abierta, delante del primer reclinatorio. Entonces yo cogía las vinajeras tintineantes, vertía el agua en el cáliz de interior dorado, deslumbrante, y de inmediato el pulgar y el índice del padre prior, que se habían quedado pegados desde que sostuvieran la enorme hostia consagrada, como por una repentina quemadura, se separaban. Lo seguía con la mirada mientras él secaba energicamente el interior del cáliz con el purificador, y echaba un último vistazo al sagrario, aún abierto de par en par a pocos metros de mí, con sus paredes acolchadas, como el interior de esas polveras que recuerdan a un manicomio.

Salíamos en silencio de la iglesia y del refectorio y nos desperdigábamos por las zonas más recónditas del parque o del edificio nuevo para meditar con mayor recogimiento, escogiendo el lugar con suma discreción, pues, de lo contrario, alguien podría descubrir nuestro rincón predilecto —con un atractivo insuperable, situado ante los ojos de todos pero aún no descubierto por nadie más— y querer ocuparlo, por lo que desde la salida misma del refectorio apretaría el paso con disimulo, para llegar antes que nosotros con su pequeño breviario, ya abierto, con marcapáginas de tela de colores ondeando al viento.

Iba a sentarme un rato en el pequeño terraplén junto a los cimientos del ala nueva, aún en construcción, donde los albañiles habían sacado a la luz piedras redondas que te palpitaban en el puño si, cuando las apretabas, la intensidad de la meditación te absorbía hasta tal punto que te olvidabas de ellas durante un período de tiempo incalculable.

La comida y la cena transcurrían en silencio; las horas pasaban en silencio en la iglesia. Volvía a oscurecer. Antes de subir a los dormitorios deambulábamos un rato más junto a la balaustrada de mármol, con la inmensa ciudad de fondo, en la llanura, o paseábamos debajo de los tilos para la meditación de la noche, cuando la búsqueda de un sitio en la oscuridad era aún más arriesgada: siempre podías optar por acomodarte en un lugar ya ocupado por otro e intentar pasar inadvertido; pero también podías buscarte un rincón que creías desconocido por los demás, y recorrerlo con los ojos cerrados sin percatarte de que estabas desde el primer momento en compañía de alguien, absolutamente invisible en la oscuridad. O podías dar grandes rodeos para llegar por una ruta insospechada, distrayendo a todo el mundo, a la vieja piscina drenada, justo donde acababan los tilos; pero entonces, en el último segundo, veías surgir en la densa penumbra la cabeza del delegado principal de los seminaristas, que rezaba en silencio en el fondo de gresite. También podía darse el caso de que ciertos lugares íntimamente anhelados quedaran vacíos durante una hora irrepetible, por el mero hecho de que uno o varios seminaristas confundían una pila de ladrillos perforados, que habían dejado ahí los albañiles, con una silueta erguida e inmóvil en la oscuridad, tan concentrada que permitía al viento atravesar silbando todo su cuerpo.

Al otro lado de la balaustrada de mármol la ciudad resplandecía al fondo de la llanura: sus luces parecían provenir de profundidades submarinas. Volvíamos a subir al dormitorio, previa parada en la iglesia para el *Noctem quietam*. Me desabrochaba con un solo gesto medido un buen número de botones de la sotana y me dirigía a los abrevaderos. Mientras me lavaba las manos con la pastilla de jabón, pasaba un rato contemplando a través de los ventanales sin marco el cielo luminoso y desierto, como si las estrellas se hubieran disuelto en un inmenso espacio ácido. Luego volvía a la gran habitación, donde muchos compañeros ya estaban metidos en la cama, afanándose para quitarse los pantalones y ponerse el pijama debajo de las mantas. Ya habían apagado la luz central, pero aún adivinaba la cabeza del seminarista sordomudo en la fila de camas de enfrente, gracias a las lucecitas que parecían seguir encendidas bajo su costra blanda, como la maqueta de una ciudad futurista repleta de puntiagudos rascacielos de cristal y de aeropuertos. Extendía la sotana a los pies de la cama y, como mis compañeros, me cambiaba debajo de las mantas. También las luces del otro dormitorio iban apagándose, y las del pasillo. Paraba a mitad de camino entre el silencio y el sueño, cerraba los ojos, volvía a abrirlos: me parecía caer dormido cuando los abría y despertarme cuando los cerraba de nuevo. Me pasaba un buen rato observando la lucecita magmática encendida debajo de una imagen sagrada, en el extremo opuesto del dormitorio. Titilaba imperceptiblemente, se desenfocaba.

Cerraba otra vez los ojos, volvía a abrirlos con un ligero mareo, pasando por última vez del sueño al silencio, del silencio al sueño.